

—Que su hijo de usted sufra una operación dolorosa y después se quede tan ciego como antes... Yo dije a usted: "La imposibilidad no está demostrada, ¿hago la operación?"

—Y yo respondí, y ahora respondo: "Hágase la operación, y cúmplase la voluntad de Dios. Adelante."

—¡Adelante! Ha pronunciado usted mi palabra.

Levantóse D. Francisco y estrechó entre sus dos manos la de Teodoro, tan parecida a la zarpa de un león.

—En este clima la operación puede hacerse en los primeros días de octubre —dijo Golfín—. Mañana fijaremos el tratamiento a que debe sujetarse el paciente... Y nos vamos, que se siente fresco en estas alturas.

Penáguilas ofreció a sus amigos casa y cena, mas no quisieron éstos aceptar. Salieron todos, juntamente con la Nela, a quien Teodoro quiso llevar consigo, y también salió D. Francisco para hacerles compañía hasta el establecimiento.

Convidados del silencio y belleza de la noche, fueron departiendo sobre cosas agradables; unas relativas al rendimiento de las minas, otras a las cosechas del país. Cuando los Golfines entraron en su casa, volvióse a la suya D. Francisco solo y triste, andando despacio y con la vista fija en el suelo. Pensaba en los terribles días de ansiedad y de esperanza, de sobresalto y dudas que iban a venir. Por el camino encontró a Choto, y ambos subieron lentamente la escalera de palo. La luna alumbraba bastante, y la sombra del patriarca subía delante de él, quebrándose en los peldaños y haciendo como unos dobleces que saltaban de escalón en escalón. El perro iba a su lado. No teniendo D. Francisco otro ser a quien fiar los pensamientos que abrumaban su cerebro, dijo así:

—Choto, ¿que sucederá?

EL DOCTOR CELIPÍN

El señor Centeno, después de recrear su espíritu en las porrosas columnas del *Diario*, y la Señana, después de gustar el más embriagador deleite sopesando lo contenido en el caldetín, se acostaron. Habían marchado también los hijos a reposar sobre sus respectivos colchones. Oyóse en la sala una retahíla que parecía oración o romance de ciego; oyéronse - hostezos, sobre los cuales trazaba cruces el perezoso dedo... la familia de piedra dormía.

Cuando la casa fue el mismo Limbo, oyóse en la cocina - el rumorcillo como de alimañas que salen de sus agujeros para buscarse la vida. Las cestas se abrieron y Celipín oyó estas palabras:

—Celipín, esta noche sí que te traigo un buen regalo:

Celipín no podía distinguir nada; pero alargando su mano tomó de la María dos duros como dos soles, de cuya autenticidad se cercioró por el tacto, ya que por la vista difícilmente podía hacerlo, quedándose pasmado y mudo.

Me los dio D. Teodoro —añadió la Nela—, para que comprara unos zapatos. Como yo para nada necesito zapatos, te los doy, y así pronto juntarás aquéllo.

—¡Córcholis! ¡Que eres más buena que María Santísima!... Ya poco me falta, Nela, y en cuanto apande media doce-

na de reales... ya verán quién es Celipín.

—Mira, hijito, el que me ha dado ese dinero andaba por las calles pidiendo limosna cuando era niño, y después...

—¡Córcholis! ¡Quién lo había de decir!... D. Teodoro... ¡Y ahora tiene más dinero!... Dicen que lo que tiene no lo cargan seis mulas.

—Y dormía en las calles y servía de criado y no tenía calzones... en fin, que era más pobre que las ratas. Su hermano D. Carlos vivía en una casa de trapo viejo.

—¡Jesús! ¡Córcholis! Y qué cosas se ven por esas tierras... Yo también me buscaré una casa de trapo viejo.

—Y después tuvo que ser barbero para ganarse la vida y poder estudiar.

—Mía tú... yo tengo pensado irme derecho a una barbería... Yo me pinto solo para rapar... ¡Pues soy yo poco listo en gracia de Dios! Desde que yo llegue a Madrid, por un lado rapando y por otro estudiando, he de aprender en dos meses toda la ciencia. Mía tú, ahora se me ha ocurrido que debo tirar para Médico... Sí, médico, que echando una mano a ese te pulso, otra mano al otro, se llena de dinero el bolsillo.

—Don Teodoro —dijo la Nela—, tenía menos que tú, porque tú vas a tener cinco duros, y con cinco duros parece que todo se ha de venir a la mano. Aquí de los hombres guapos. D. Teodoro y D. Carlos eran como los pájaros que andan solos por el mundo. Ellos con su buen gobierno se volvieron sabios. D. Teodoro leía en los muertos y don Carlos leía en las piedras, y así los dos aprendieron el modo de hacerse personas cabales. Por eso es D. Teodoro tan amigo de los pobres, si me hubieras visto esta tarde cuando me llevaba al hombro... Después me dio un vaso de leche y me echaba unas miradas como las que se echan a las señoras.

—Todos los hombres listos somos de ese modo— observó Celipín con petulancia—. Verás tú qué fino y galán voy a ser yo cuando me ponga mi levita y mi sombrero de una terciada de alto. Y también me calzaré las manos con eso que llaman

guantes, que no pienso quitarme nunca como no sea sino para tomar el pulso... Tendré un bastón con una porra dorada y me vestiré... eso sí, en mis carnes no se pone sino paño fino... ¡Córcholis! Te vas a reír cuando me veas.

—No pienses todavía en esas cosas de remontarte mucho, que eres más pelado que un huevo —le dijo ella—. Vete poquito a poquito; hoy me aprendo esto, mañana lo otro. Yo te aconsejo que antes de aprender eso de curar a los enfermos, debes aprender a escribir para que pongas una carta a tu madre pidiéndole perdón y diciéndole que te has ido de tu casa para afinarte, hacerte como D. Teodoro y ser un médico muy cabal.

—Calla, mujer... ¿Pues qué creías la escritura no es lo primero?... Deja tú que yo coja una pluma en la mano y verás que rasgueos de letras y qué perfiles finos para arriba y para abajo, como la firma de D. Francisco Penáguilas... ¡Escribir! A mí con esas... a los cuatro días verás qué cartas pongo... Ya las oirás leer y verás qué *conclitos* los míos y qué modo aquél de echar *retólicas* que os dejen bobos a todos. ¡Córcholis! Nela, tú no sabes que yo tengo mucho talento. Lo siento aquí dentro de mi cabeza, haciéndome *burumbum*, *burumbum*, como el agua de la caldera de vapor... Como que no me deja dormir, y pienso que es que todas las ciencias se me entran aquí, y andan dentro volando a tientas como los murciélagos y diciéndome que las estudie. Todas, todas las ciencias las he de aprender, y ni una sola se me ha de quedar... Verás tú...

—Pues debe de haber muchas. Pablo Penáguilas que las sabe todas, me ha dicho que son muchas y que la vida entera de un hombre no basta para una sola.

—Ríete tú de eso... Ya me verás a mí...

—Y la más bonita de todas es la de don Carlos... Porque mira tú que eso de coger una piedra y hacer con ella la tión... Otros dicen que hace plata y también oro. Aplícate a eso, Celipillo.

—Desengáñate, no hay saber como ese de cogerle a uno - la muñeca y mirarle la lengua, y decir al momento en qué -- hueco del cuerpo tiene aposentado el maleficio... Dicen que D. Teodoro le saca un ojo a un hombre y le pone otro nuevo, con el cual ve como si fuera ojo nacido... *Mía* tú que eso de ver un hombre que se está muriendo, y con mandarle tomar, -- pongo el caso, media docena de mosquitos guisados un lunes - con palos de mimbre cogidos por una doncella que se llame - Juana, dejarle bueno y sano, es mucho aquel... Ya verás, ya verás cómo se porta D. Celipín el de Socartes. Te digo que se ha de hablar de mí hasta en La Habana.

—Bien, bien —dijo la Nela con alegría—; pero mira - que has de ser buen hijo, pues si tus padres no quieren ense- ñarte, es porque ellos no tienen talento, y pues tú lo tie- nes, pídele por ellos a la Santísima Virgen y no dejes de - mandarles algo de lo mucho que vas a ganar.

—Eso si lo haré. *Mía* tú, aunque me voy de la casa no es que quiera mal a mis padres, y ya verás cómo dentro de po- co tiempo ves venir un mozo de la estación cargado que se re- vienta con unos grandes paquetes; y ¿qué será? Pues refajos para mi madre y mis hermanas y un sombrero alto para mi pa- dre. A tí puede que te mande también un par de pendientes.

—Muy pronto regalas —dijo la Nela sofocando la risa— - ¡Pendientes para mí!...

—Pero ahora se me está ocurriendo una cosa. ¿Quieres - que te la diga? Pues es que tú debías venir conmigo, y - siendo dos, nos ayudaríamos a ganar y a aprender. Tú también tienes talento, que eso del pesquis a mí no se me escapa, y bien podías llegar a ser señora, como yo caballero. ¡Que me había de reír si te viera tocando el piano como doña Sofía!

—¡Qué bobo eres! Yo no sirvo para nada. Si fuera conti- go sería un estorbo para ti.

—Ahora dicen que van a dar vista a don Pablo, y cuando él tenga vista nada tienes tú que hacer en Socartes. ¿Qué te parece mi idea?... ¿No respondes?

Pasó algún tiempo sin que la Nela contestara nada. Pre- guntó de nuevo Celipín, sin obtener respuesta.

—Duérmete, Celipín —dijo al fin la de las cestas— - ¡tengo mucho sueño.

—Como mi talento me deje dormir, a la buena de Dios.

Un minuto después se veía a sí mismo en figura semejan- te a la de D. Teodoro Golfín, poniendo ojos nuevos en órbitas viejas, claveteando piernas rotas y arrancando criaturas a la muerte, mediante copiosas tomas de mosquitos guisados un lu- nes con palos de mimbre, cogidos por una doncella. Viose cu- bierto de riquísimos paños, con las manos aprisionadas en -- guantes olorosos y arrastrado en coche, del cual tiraban cis- nes, que no caballos, y llamado por reyes, o solicitado de - reina, por honestas damas requerido, alabado de magnates y - llevado en triunfo por los pueblos todos de la tierra.

ENTRE DOS CESTAS

La Nela cerró sus conchas para estar más sola. Sigámosla; penetremos en su pensamiento. Pero antes conviene hacer algo de historia.

Habiendo carecido absolutamente de instrucción en su edad primera; habiendo carecido también de las sugerencias cariñosas que enderezan el espíritu de un modo seguro al conocimiento de ciertas verdades; habíase formado Marianela en su imaginación poderosa un orden de ideas muy singular, una teogonía extravagante y un modo rarísimo de apreciar las causas y los efectos de las cosas. La idea de Teodoro Golfín era exacta al comparar el espíritu de la Nela con los pueblos primitivos. Como en éstos, dominaba en ella el sentimiento y la fascinación de lo maravilloso; creía en poderes sobrenaturales, distintos del único y grandioso Dios, y veía en los objetos de la Naturaleza personalidades vagas que no carecían de modos de comunicación con los hombres.

A pesar de esto, la Nela no ignoraba completamente el Evangelio. Jamás le fue bien enseñado, pero había oído hablar de él. Veía que la gente iba a una ceremonia que llamaban misa, tenía idea de un sacrificio sublime, mas sus nociones no pasaban de aquí. Habíase acostumbrado a respetar, en virtud de un sentimentalismo contagioso, al Dios crucificado; sabía que aquello debía besarse; sabía además algunas oraciones aprendidas de rutina; sabía que todo aquello que no se poseía debía pedirse a Dios, pero nada más. El horrible abandono en que había estado su inteligencia hasta el tiempo de su amistad con el señorito de Penáguilas era causa de esto. Y

la amistad con aquel ser extraordinario, que desde su obscuridad exploraba con el valiente ojo de su pensamiento infatigable los problemas de la vida, había llegado tarde. En el espíritu de la Nela estaba ya petrificado lo que podremos llamar su filosofía, hechura de ella misma, un no sé qué de paganismo y de sentimentalismo, mezclados y confundidos. Debemos añadir que María, a pesar de vivir tan fuera del elemento común en que todos vivimos, mostraba casi siempre buen sentido y sabía apreciar sesudamente las cosas de la vida, como se ha visto en los consejos que daba a Celipín. La grandísima valía de su alma explica esto.

La más notable tendencia de su espíritu era la que la impulsaba con secreta pasión a amar la hermosura física, donde quiera que se encontrase. No hay nada más natural, tratándose de un ser criado en soledad profunda bajo el punto de vista de la sociedad y de la ciencia, y en comunicación abierta y constante, en trato familiar, digámoslo con la Naturaleza, poblada de bellezas imponentes o graciosas, llena de luz y colores, murmullos elocuentes y de formas diversas. Pero Marianela había mezclado con su admiración el culto, y siguiendo una ley, propia también del estado primitivo, había personificado todas las bellezas que adoraba en una sola, ideal y con forma humana. Esta belleza era la Virgen María, adquisición hecha por ella en los dominios del Evangelio, que tan imperfectamente poseía. La Virgen María no habría sido para ella el ideal más querido, si a sus perfecciones morales no reuniera todas las hermosuras, guapezas y donaires del orden físico, si no tuviera una cara noblemente hechicera y seductora, un semblante humano y divino al mismo tiempo, que a ella le parecía resumen y cifra de toda la luz del mundo, de toda la melancolía y paz sabrosa de la noche, de la música de los arroyos, de la gracia y elegancia de todas las flores, de la frescura del rocío, de los suaves quejidos del viento, de la inmaculada nieve de las montañas, del cariñoso mirar de las estrellas y de la pomposa majestad de las nubes cuando gravemente discurren por la inmensidad del cielo.

La persona de Dios representábasele terrible y ceñuda, más propia para infundir respeto que cariño. Todo lo bueno venía de la Virgen María, y a la Virgen debía pedirse todo lo que han menester las criaturas. Dios reñía y ella sonreía. Dios castigaba y ella perdonaba. No es esta última idea

tan rara para que llame la atención. Casi rigen en absoluto a las clases menesterosas y rurales de nuestro país.

También es común en éstas, cuando se junta un gran aban- dono a una gran fantasía, la fusión que hacía la Nela entre las bellezas de la Naturaleza y aquella figura encantadora - que resume en sí casi todos los elementos estéticos de la idea cristiana. Si a la soledad en que vivía la Nela hubie- ran llegado menos nociones cristianas de las que llegaron; si su apartamiento del foco de ideas hubiera sido absoluto, su - paganismo habría sido entonces completo y habría adorado la luna, los bosques, el fuego, los arroyos, el sol.

Esta era la Nela que se crio en Socartes, y así llegó a los quince años. Desde esta fecha su amistad con Pablo y sus frecuentes coloquios con quien poseía tantas y tan buenas no- ciones, modificaron algo su modo de pensar; pero la base de sus ideas no sufrió alteración. Continuaba dando a la hermosa ra física cierta soberanía augusta; seguía llena de supersti- ciones y adorando en la Santísima Virgen como un compendio de todas las bellezas naturales; haciendo de esta persona la ley moral, y rematando su sistema con las más extrañas ideas respecto a la muerte y la vida futura.

Encerrándose en sus conchas, Marianela habló así;

—Madre de Dios y mía, ¿por qué no me hiciste hermosa? ¿Por qué cuando mi madre me tuvo no me miraste desde arriba?... Mientras más me miro más fea me encuentro. ¿Para qué estoy yo en el mundo? ¿Para qué sirvo? ¿A quién puedo interesar? A - uno solo, Señora y madre mía, a uno solo que me quiere porque no me ve. ¿Qué será de mí cuando me vea y deje de quererme?... porque, ¿cómo es posible que me quiera viendo este cuerpo chi- co, figurilla de pájaro, esta tez pecosa, esta boca sin gra- cia, esta nariz picuda, este pelo descolorido, esta persona - mía que no sirve sino para que todo el mundo le dé con el -- pie? ¿Quién es la Nela? Nadie. La Nela sólo es algo para - el ciego. Si sus ojos nacen ahora y los vuelve a mí y me ve, caigo muerta... El es el único para quien la Nela no es menos que los gatos y los perros. Me quiere como quieren los novios a sus novias, como Dios manda que se quieran las personas... Señora madre mía, ya que vas a hacer el milagro de darle vis- ta, hazme hermosa a mí o mátame, porque para nada estoy en el

mundo. Yo no soy nada ni nadie más que para uno solo... ¿Siento yo que recobre la vista? No, eso no, eso no. Yo quie- ro que me vea. Daré mis ojos porque él vea con los suyos; - daré mi vida toda. Yo quiero que D. Teodoro haga el milagro que dicen. ¡Benditos sean los hombres sabios! Lo que no - quiero es que mi amo me vea, no. Antes que consentir que me vea, ¡Madre mía! me enterraré viva; me arrojaré al río... Sí, sí; que se trague la tierra mi fealdad. Yo no debía haber - nacido...

Y luego, dando una vuelta en la cesta, proseguía:

—Mi corazón es todo para él. Este ciegucecito que ha te- nido el antojo de quererme mucho, es para mí lo primero del - mundo después de la Virgen María. ¡Oh! ¡Si yo fuese grande y hermosa; si tuviera el talle, la cara y el tamaño... sobre -- todo el tamaño de otras mujeres; si yo pudiese llegar a ser - señora y componerme!... ¡Ay!, entonces mi mayor delicia sería que sus ojos se recrearan en mí... Si yo fuera como las demás, - quisiera como Mariuca... ¡qué pronto buscaría el modo de ins- truirme, de afinarme, de ser una señora!... ¡Oh! ¡Madre y rei- na mía, lo único que tengo me lo vas a quitar!... ¿Para qué - permitiste que le quisiera yo y que él me quisiera a mí? Esto no debió ser así.

Y derramando lágrimas y cruzando los brazos, añadió me- dio vencida por el sueño:

—¡Ay! ¡Cuánto te quiero, niño de mi alma! Quiéreme mu- cho, a la Nela, a la pobre Nela que no es nada... Quiéreme - mucho... Déjame darte un beso en tu preciosísima cabeza... pero no abras los ojos, no me mires... ciérralos, así, así.

DE COMO LA VIRGEN MARIA SE APARECIO A LA NELA

Los pensamientos que huyen cuando somos vencidos por el sueño, suelen quedarse en acecho para volver a ocuparnos -- bruscamente cuando despertamos. Así ocurrió a Mariquilla, que habiéndose quedado dormida con los pensamientos más raros -- acerca de la Virgen María, del ciego, y de su propia fealdad, que ella deseaba ser trocada en pasmosa hermosura, con ellos mismos despertó cuando los gritos de la Señana le arrancaron de entre sus cestas. Desde que abrió los ojos, la Nela hizo su oración de costumbre a la Virgen María; pero aquel día la oración fue una retahila compuesta de la retahila ordinaria de las oraciones y de algunas piezas de su propia invención, resultando un discurso que si se escribiera habría de ser curioso. Entre otras cosas, la Nela dijo:

—Anoche te me has aparecido en sueños, Señora, y me prometiste que hoy me consolarías. Estoy despierta y me parece que todavía te estoy mirando, y que tengo delante tu cara, más linda que todas las cosas guapas y hermosas que hay en el mundo.

Al decir esto, la Nela revolvía sus ojos con desvarío -- en derredor de sí... Observándose a sí misma de la manera va ga que podía hacerlo, pensó de este modo: —A mí me pasa -- algo.

—¿Qué tienes, Nela? ¿Qué te pasa chiquilla? —le dijo la Señana, notando que la muchacha miraba con atónitos ojos a un punto fijo del espacio—. ¿Estás viendo visiones, marmota?

La Nela no respondió, porque estaba su espíritu ocupado en platicar consigo mismo, diciéndose:

—¿Qué es lo que yo tengo?... No puedo ser maleficio, porque lo que tengo dentro de mí no es la figura feísima y -- negra del demonio malo, sino una cosa celestial, una cara, -- una sonrisa y un modo de mirar que, o yo estoy tonta, o son de la misma Virgen María en persona. Señora y madre mía, ¿será verdad que hoy me vas a consolar?... ¿Y cómo me vas a consolar? ¿Qué te he pedido anoche?

—¡Eh!... chiquilla —gritó la Señana con voz desapacible, como el más destemplado sonido que puede oírse en el mundo—. Ven a lavarte esa cara de perro.

La Nela corrió. Había sentido en su espíritu un sacudimiento como el que produce la repentina invasión de una gran esperanza. Miróse en la trémula superficie del agua, y al -- instante sintió que su corazón se oprimía.

—Nada... murmuró—, tan feita como siempre. La misma -- figura de niña con alma y años de mujer.

Después de lavarse, sobrecogieronla las mismas extrañas sensaciones que había experimentado antes, al modo de congojas placenteras. Marianela, a pesar de su escasa experiencia, tuvo tino para clasificar aquellas sensaciones en el orden -- de los presentimientos.

—Pablo y yo —pensó—, hemos hablado de lo que se siente cuando va a venir una cosa alegre o triste. Pablo me ha -- dicho también que poco antes de los temblores de tierra se -- siente una cosa particular, y las personas sienten una cosa particular... y los animales sienten también una cosa parti -- cular... ¿Irá a temblar la tierra?

Arrodillándose tentó el suelo.

—No sé... pero algo va a pasar. Que es una cosa buena no puedo dudarla. La Virgen me dijo anoche que hoy me consolaría... ¿Qué es lo que tengo?... ¿Esa señora celestial -- anda alrededor de mí? No la veo, pero la siento, está detrás, está delante.